LA OBRA AUTOBIOGRAFICA DE ROUSSEAU

Para el lector culto medio de nuestro país Rousseau es el autor del *Contrato social* y del *Emilio*, el teórico de la política democrática y de la educación, uno de los principales filósofos ilustrados franceses. Como veremos, esta verdad es sólo una verdad a medias: en primer lugar, porque la relación de Rousseau con la Ilustración es compleja y delicada, sin que pueda adscribírsele, sin más, al grupo de los enciclopedistas. Pero no sólo por esto: la imagen convencional de un Rousseau teórico de la política o filósofo de la historia deja de lado un aspecto fundamental de la creación rousseauniana: la obra autobiográfica.

La redacción de los escritos autobiográficos ha ocupado la mitad de la vida de autor de Rousseau: desde 1764 hasta su muerte, acaecida en 1778, Rousseau no escribe otra cosa que recuerdos y reflexiones sobre sí mismo. En un período de tiempo equivalente—los quince años anteriores— su actividad creadora había dado a luz, además de otras obras menores, dos tratados de filosofía de la historia, un tratado sobre la educación, un diccionario de música, un tratado de derecho político y un estudio sobre el teatro, además de encontrar tiempo suficiente —él, que se describe como indolente y perezoso— para escribir una lacrimosa novela epistolar —*Julia, o La nueva Eloísa*, que llegó a alcanzar las cincuenta ediciones en menos de veinte años— y hasta para componer un intermedio musical —*El adivino de la aldea*— que fue representado ante Luis XV en Fontainebleu. Con todo, esta enumeración dista mucho de abarcar la totalidad de su obra; completan el conjunto de ésta tres escritos de desigual calidad, si bien dos ellos *Las confesiones* y los *Ensueños* o *Ensoñaciones* (pues el término francés *rêverie* no tiene equivalente en castellano, aunque sí en inglés —*reverie*—) se cuentan entre las obras más importantes del siglo XVIII y aun de toda la literatura francesa. Así, en una célebre encuesta realizada entre los intelectuales franceses por Raymond Quenau (el primer director de la *Encyclopédie de la Pléiade) Las confesiones* se encontraban entre las

diez obras más importantes de la literatura universal, junto a los *Diálogos* de Platón, *En busca del tiempo perdido* o el teatro de Molière.

Sin embargo, desde la guerra civil y hasta hace un par de años fue imposible encontrar en nuestro país una traducción al castellano de esta obra. Y es que no se puede decir que en nuestra cultura el género autobiográfico despierte mucho interés, ni tampoco tenga muchos cultivadores, al menos recientemente, pues aunque Santa Teresa o Loyola escribieron su vida, casi no nos encontramos con producciones de este tipo en la historia de la literatura española y, desde luego, con ninguna que tenga la calidad de, por ejemplo, *Poesía y Verdad* de Goethe o la *Vida* de Benvenuto Cellini. No sé bien a qué atribuir este desinterés, si a cierta propensión al sarcasmo que parece caracterizarnos o a una escasa pasión por la rememoración y la complacencia en el yo, pero es innegable que constituye una constante en nuestra producción literaria y en nuestros intereses intelectuales. No ocurre tal cosa, por cierto, en una cultura como la francesa, en la que este género siempre ha encontrado cultivadores de primer orden, como el duque de Saint-Simon o, en nuestro siglo, Gide o Sartre. Es más, en ocasiones, como en el caso de *Las confesiones* o de las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand, estas obras, secundarias en la intención o en la opinión de sus autores, son actualmente, con mucha diferencia, las más leídas de ambos.

Pero volvamos a los escritos autobiográficos de Rousseau; son tres: *Las confesiones* (1765-1770), los *Diálogos. Rousseau juez de Jean-Jacques* (1772-1776) y las *Ensoñaciones del paseante solitario* (1776-1778), que la muerte habría de interrumpir. Los *Diálogos* de *Rousseau juez de Jean-Jacques* no han gozado de la fortuna literaria de las otras dos obras. Hasta principios de este siglo no se vio en ellas sino la triste expresión de una mente enferma y aun hoy, cuando la obra es estimada y apreciada, el lector no puede por menos de encontrar enojosa su lectura en razón de la innumerable cantidad de repeticiones inútiles *(redites)* que contiene. *Las confesiones* es un relato de la vida de Rousseau desde su nacimiento hasta la edad de cincuenta y cuatro años: el lector pasa de una Ginebra rigorista y calvinista a la Venecia capital de los placeres prohibidos, a la ciudad de las máscaras de Tiépolo y de la alegre melancolía de Vivaldi; asistimos a la lenta maduración del autodidacta Jean-Jacques que de aprendiz artesano y lacayo, y tras su triunfo como músico y hombre de letras, se convierte en el huésped mimado de la más alta nobleza francesa; ante nuestros ojos desfila el mundo de los brillantes salones en los que aristócratas, burgueses enriquecidos e

intelectuales van demoliendo el edificio ideológico en que se apoya la sociedad estamental, lejos aún la sombra de la guillotina. Las *Ensoñaciones* son todo lo contrario: una meditación tranquila de filósofo sobre su soledad en la naturaleza: el rumor de las aguas en el lago de Binne, la herborización por los bosques de los alrededores de París, que para este Rousseau, como para el otro posterior, *el aduanero,* representaban la naturaleza originaria y que hoy cruzará alguna autopista de nombre tan evocador como A 28 o M 30. En las *Ensoñaciones* no hay un hilo narrativo, un decurso temporal que no se rompa, sino una experiencia diaria transcrita sin pretensiones de mantener una continuidad. El tiempo del calendario sirve para fechar los acontecimientos de *Las confesiones* y los ordena al igual que ordena las páginas de un libro la serie de los números naturales; las *Ensoñaciones,* por el contrario, son breves meditaciones de unas cuantas páginas: el libro está dividido en *paseos (promenades)* al igual que una novela en capítulos o una pieza teatral en actos y en escenas.

Más difícil resulta caracterizar la segunda de las obras autobiográficas de Rousseau —los *Diálogos*— sin antes haber hablado de su conflictiva relación con los Enciclopedistas y de su obsesión persecutoria. De todos modos, lo que sí podemos decir es que se trata de un retrato moral de la personalidad del filósofo y de un análisis de sus obras realizados en forma de diálogos entre dos personajes —que reciben los nombres de *Rousseau* y *El Francés*— quienes, verdaderos personajes en busca del autor, nada saben del filósofo y poco a poco van adquiriendo una imagen fiel de Rousseau frente a la deformada representación que de él habían difundido sus enemigos.

Para precisar más la diferencia entre estas tres obras convendrá examinemos, siquiera sea someramente, la diferencia entre tres de los principales géneros autobiográficos: las memorias, la autobiografía y el diario íntimo.

Las memorias siguen el hilo de la vida de un individuo —al igual que las biografías— y están contadas por él mismo, como ocurre en el caso de la autobiografía literaria, pero difieren de ésta en que lo que en ellas se relata concierne fundamentalmente a la vida pública, exterior, de su autor, mientras que la autobiografía se centra en la vida íntima del mismo. Las memorias son un género cronológicamente anterior al de la autobiografía literaria. Junto con el teatro clásico —Corneille, Molière y Racine— y la obra de los moralistas como La Rochefoucauld o La Bruyère, los autores de memorias —el cardenal de Retz, el duque de Saint-Simon— definen el siglo XVII francés. La autobiografía, por el contrario, no pretende

tanto narrar acontecimientos o sucesos de la vida del autor (su actuación política, sus relaciones mundanas, sus viajes, sus luchas) cuanto trazar la trayectoria interior de un alma (la génesis de su carácter, su formación intelectual, sus gustos y preferencias, sus amores, sus lecturas) y abrir la intimidad del autor o la de otros seres con los que entra en comunicación por medio del libro. En la autobiografía es fundamental la búsqueda de una ley de inteligibilidad del ser propio: un orden, una estructura que se extraen del devenir caótico y plural de una vida y que la investigación descubre como verdad *personal* del autor. Cómo soy, qué fue mi vida, cómo he llegado a ser el que ahora soy: la autobiografía narra una génesis, establece una totalidad y es descubrimiento y hasta invención de uno por uno mismo; conocimiento no de lo otro, sino de lo más íntimo y más próximo, y tantas veces también lo más ignorado, quizá precisamente por ser lo más próximo (así como el inconsciente psicoanalítico no es el lugar de lo que no conozco, sino el lugar de lo que soy o, más bien, el lugar desde donde algo —el *Ello* freudiano— *me es).*

La autobiografía tiene como antecedentes remotos a *Las confesiones* de San Agustín y a los *Ensayos* de Montaigne y, como ha demostrado Bern Neumann en su libro *Identität und Rollenzwang,* surge de la práctica autobiográfica en los medios religiosos pietistas. San Agustín hace don a sus hermanos en religión de la narración de su vida pecadora y de su conversión, a fin de que sus *Confesiones* den testimonio de la grandeza de Dios y de la miseria del hombre pecador. Dios es todo y el hombre nada; San Agustín no sólo pretende afirmar la insignificancia del yo individual sino también conducir al lector al reconocimiento de esta verdad y provocar en él el desprecio por esa deleznable miseria que somos: «... tú, Señor, me trastocabas a mí mismo, quitándome de mi espalda, adonde yo me había puesto para no verme, y poniéndome delante de mi rostro para que viese cuán feo era, cuán deforme y sucio, manchado y ulceroso. Veíame y llenábame de horror, pero no tenía a dónde huir de mí mismo, y si intentaba apartar la vista de mí (...) de nuevo me ponías frente a mí y me arrojabas contra mis ojos, para que descubriese mi iniquidad y la odiase. Bien la conocía, pero la disimulaba, y reprimía, y olvidaba.» *(Las confesiones,* libro VIII, cap. VII, trad. de la BAC.)

Enteramente distinto es el designio de Miguel de Montaigne a fines del siglo XVI: relatar su experiencia intelectual, dar cuenta de sus opiniones al hilo mismo de sus lecturas, referir particularidades de su modo de ser, describir sus hábitos y preferencias. «Me estudio a mí mismo más que a cualquier otro tema; ésta es mi metafísica,

ésta mi física.» (*Ensayos*, III, 13.) El yo, despreciable para San Agustín como luego para Pascal, es aquí el centro. Es imposible entender el surgimiento de la autobiografía sin tener presente este gusto por el yo, por lo que no se anula en el orden físico del cosmos griego ni en el orden metafísico de la teoría cristiana. El autor no se comunica con el lector a través de una común referencia a lo universal trascendente —las ideas, el *ons perfectissimun*, el cosmos divino—, sino mediante su propia particularidad, «como Miguel de Montaigne» (III, 2). Pero si bien el interés por el yo en Montaigne constituye el antecedente inmediato de la certeza del yo pensante como fundamento de la verdad del conocimiento en Descartes y, por tanto, inaugura los tiempos modernos, y aunque este interés subyazca en la propia empresa autobiográfica, la realización de los *Ensayos* se aproxima igualmente a la tercera modalidad de la escritura autobiográfica: el diario íntimo. En el diario no se trata de exponer la vida como un todo al que sólo queda para concluir la piadosa muerte que dé descanso al cuerpo fatigado del anciano que ha añadido a la forma ya perfecta de su vida —«escribo desde un ataúd», decía Chateaubriand en sus *Memorias*— la posibilidad de una tranquila rememoración de su pasado; el diario no da por cerrada una vida, sino que pretende seguirla jornada a jornada. Lucha contra la incesante erosión del olvido, esfuerzo de clarificación de uno mismo, solitaria compañía con la blancura aún no hollada del papel, diálogo con la propia destrucción —«mil años me separan del que fui en el alba fatigosa de este día»—: el diario íntimo pretende ir con su autor, más aún, mantener unida la innúmera pluralidad que somos y que el devenir se lleva sin descanso.

De los tres géneros autobiográficos, dos tienen su origen en Rousseau. Para los principales especialistas en la materia —G. Gusdorf, G. May, Ph. Lejeune— *Las confesiones* son, indiscutiblemente, la piedra fundacional de la «autobiografía literaria» y, hasta el presente, la obra maestra del género. Las *Ensoñaciones*, por el contrario, tienen un estatuto más incierto, transicional, y aunque constituyen un primer esbozo del género del diario íntimo, en otros aspectos más bien estarían próximas de las *Moralia* de Plutarco o de Montaigne.

Además de su importancia en la historia de la literatura podemos señalar algunos otros temas que *Las confesiones* van a introducir en el pensamiento occidental. El primer libro relata la vida del autor en Ginebra y sus alrededores hasta que siendo un muchacho de quince años huye de la ciudad. Toda clase de anécdotas y pequeños detalles tienen cabida en el libro: heroicidades infantiles, travesuras, castigos. En pleno siglo de las luces alguien estima que son interesantes para

el público lector nimiedades a las que un ilustrado no habría prestado nunca la menor atención, que nunca habría pensado que pudiesen tener interés para otros y, colmo de sacrilegio, a las que habría de concedérseles el honor de la letra impresa, cuando el libro debería reservarse para más nobles asuntos, como la física o el derecho. Un ilustrado está por entero en lo que hace: en el estudio comparado de las legislaciones para servir a la felicidad del género humano, como Montesquieu, o en la lucha contra el fanatismo religioso que condena al caballero de La Barre a morir en la tortura por un delito de blasfemia. Los seres humanos racionales son idénticos en cuanto a lo esencial y lo que no es esencial no tiene por qué tener acceso a la comunicación. En vano buscaremos referencias a la vida íntima de Voltaire en sus *Memorias*, pero sí sabremos cuáles fueron los temas de conversación en una cena en el palacio de Sans-Souci de Federico II, y si nos habla de Mme. du Châtelet —probablemente el mayor amor de su vida— será solamente para decirnos que les unía la amistad y el gusto por el estudio. A pesar de los cuarenta y un tomos de la correspondencia de Voltaire en la edición crítica de Besterman conocemos mucho mejor la personalidad de Rousseau que la suya.

Pero en *Las confesiones* no sólo se presta atención a los recuerdos infantiles, sino que hay una modificación radical de la consideración prestada a la infancia, y esto en dos sentidos: construyendo un verdadero mito de la infancia perdida y recobrada por la rememoración y concediendo gran importancia a la sexualidad infantil y a su poder traumatizante.

A partir de Rousseau en la conciencia moderna la infancia va a sustituir al paraíso terrenal en el mito de la caída. El libro primero de *Las confesiones* nos narra el progresivo alejamiento de un lugar de paz e inocencia, de límpida comunicación de las almas: el hogar familiar primero, al verse obligado Rousseau a abandonar la casa paterna (su padre, viudo, tiene que abandonar precipitadamente Ginebra cuando Jean-Jacques tiene diez años, y el niño será confiado al pastor Lambercier, que vive con su hermana en Bossey, a algunos kilómetros de Ginebra) y, luego, ya adolescente, al entrar en contacto con el trabajo y la desigualdad (a los doce años entra como aprendiz en el taller de un maestro grabador de Ginebra).

El otro aspecto de la nueva actitud respecto a la infancia inaugurada por Rousseau es la importancia concedida a la sexualidad infantil. Hay en Rousseau un verdadero descubrimiento de la teoría del *trauma*, en el sentido freudiano del término. Un acontecimiento exterior deja su marca en el yo joven y esta marca ya no puede

borrarse, determinando el comportamiento sexual del adulto. No ha de extrañarnos, pues, que algunos de los principales estudiosos de la obra autobiográfica de Rousseau —J. Starobinski, P.-P. Clément— sean psicoanalistas en ejercicio.

Rousseau es, junto con Hume, el único gran filósofo que *sale* de la filosofía, esto es, que a partir de un momento abandona la filosofía para dedicarse a otras tareas intelectuales: Hume a la historia, Rousseau a la botánica y a la redacción de sus obras autobiográficas. Pero, al contrario de lo que ocurre con Wittgenstein, que, aunque señala que el cometido de la filosofía es ayudar a la mosca a salir de la botella, no deja de hacer filosofía hasta los últimos días de su vida, Rousseau no se contenta con salir de la filosofía, sino que, al dejarnos el detallado examen de su historia personal, pone a nuestra disposición una serie de materiales que nos permitirán establecer un puente entre la doctrina y la vía, referir una a la otra para que pueda aclararse una por la otra, como ha hecho Jean Starobinski en su magistral estudio *La transparencia y el obstáculo.*

Inicialmente Rousseau había concebido la finalidad de su obra como siendo de naturaleza *psicológica:* los límites que el pudor y la reserva ponen normalmente en el trato entre los seres humanos hacen que sólo podamos conocernos a nosotros mismos, al no disponer de datos suficientes sobre otras vidas que no sean la nuestra; esta es una de las razones que explican que, a pesar de ser el conocimiento del hombre el más útil de los saberes, sea la ciencia del hombre la que menos adelantada se halla. Rousseau piensa que puede hacer algo de provecho por los hombres: «ofrecerles la imagen fiel de uno de ellos a fin de que aprendan a conocerse» *(OE. C.,* Gallimard, t. I, p. 1120). Pero sin perder de vista enteramente esta finalidad *psicológica y antropológica,* ciertos acontecimientos muy graves para nuestro filósofo van a llevarle a modificar fundamentalmente su concepción de las memorias que proyecta escribir: presa de un creciente delirio persecutorio, sentirá amenazada su reputación por los manejos de ciertos individuos y corporaciones —algunos de sus antiguos amigos, los jesuitas, los enciclopedistas— y, en vindicación de su buen nombre, emprenderá la tarea de escribir su vida; esta función *apologética* irá desplazando a la otra hasta convertirse en el motivo principal de la empresa autobiográfica.

Los acontecimientos que motivan este cambio de actitud pueden ser resumidos, respetando el orden cronológico, como sigue. Rousseau, que inicialmente ha mantenido una estrecha relación amistosa con algunos de los enciclopedistas, especialmente con Diderot y con Grimm, se va distanciando de ellos progresivamente. Tras una serie

de sonadas rupturas amistosas y de enfrentamientos —entre otros, con D'Alembert y con Voltaire— Rousseau se encuentra prácticamente aislado en el mundo intelectual francés de la época. En 1762, tras la publicación del *Contrato social* y del *Emilio*, a este aislamiento vienen a sumarse una serie de persecuciones políticas que le obligan a recorrer media Europa en busca de asilo: el parlamento de París condena el *Emilio* y decreta el arresto de su autor; Rousseau parte precipitadamente para Suiza y se instala en Yverdon, en tierras de Berna, pero el gobierno de esta ciudad le obliga a abandonar su territorio. Finalmente, consigue encontrar refugio en una pequeña aldea del principado de Neuchatel, que en aquella época dependía del reino de Prusia, pero también allí se acumulan los ataques contra él: la publicación de las *Cartas de la Montaña* es denunciada al gobierno de Neuchatel por la venerable clase de los pastores, mientras que, al mismo tiempo, el libro es quemado en Holanda y en Francia. Pero el tiro de gracia le viene de Voltaire, quien publica anónimamente en Ginebra un sangriento panfleto titulado *Sentimiento de los ciudadanos*, en el que acusa a Rousseau de ser un demente impúdico, un ateo peligroso y un disoluto sifilítico, amén de otras lindezas por el estilo. El populacho reacciona a las acusaciones de los pastores apedreando la casa de Rousseau y éste se ve obligado a abandonar Suiza. Protegido por David Hume, se traslada a Inglaterra, pero allí la susceptibilidad enfermiza de Rousseau y la torpe indiscreción del filósofo escocés conducirán a una nueva ruptura y a un nuevo cambio de residencia.

Todos estos acontecimientos persuaden a Rousseau de que está en marcha un vasto *complot* contra su persona y su reputación. Esta obsesión por el peligro de que su verdadera imagen sea deformada por sus enemigos y que la posteridad asocie a su nombre la de un malvado, lleno de vicios y carente de humanidad, será la que determine la nueva orientación *apologética* de sus *Confesiones*. Ya no se tratará principalmente de presentar a un hombre tal y como verdaderamente es a fin de que sus semejantes dispongan de un elemento de comparación. Está en peligro su fama, la parte inmortal de su ser, y habrá de concentrar todo el esfuerzo en defenderla; su libro será el medio de que se sirva para que sus contemporáneos sepan quién es verdaderamente Jean-Jacques Rousseau. *Las confesiones* adquieren el carácter de un alegato: se invita al lector a que se convierta en juez de la causa entre Rousseau y sus enemigos; éstos son los acusadores y Rousseau presenta su escrito en su propia defensa; compete al lector que, en cuanto contemporáneo ha de estar al tanto de los rumores que circulan sobre Rousseau, el decidir acerca de

cuál sea el verdadero carácter y personalidad de Jean-Jacques, de cuál sea su naturaleza moral más profunda, a la vista de lo que éste vaya exponiendo en su escrito. Pero para que el juicio pueda ser exacto Rousseau habrá de exponer todo cuanto a su vida y a su persona concierna; se mantiene, pues, el propósito de hacer un retrato fiel y completo, pero ahora ya no se trata de poner la primera piedra de una antropología futura, sino que el alegato de la defensa sea impecable. Rousseau va a contar su vida con todos los detalles, sin omitir ninguno, por vergonzoso, ridículo o insignificante que pueda parecer, pero sin pretender elaborar un esquema coherente final a base de ellos. Esa habrá de ser la labor del lector: «Es tarea suya el reunir todos esos elementos y determinar el ser que componen: el resultado será obra suya, y si al hacerlo se equivoca, todo el error vendrá de sus manos» *(OE. C.*, t. I, p. 175). Rousseau ha de limitarse a describir con exactitud y a ser totalmente sincero. El, y solo él, tiene acceso a su propia naturaleza, sólo él puede conocerse a sí mismo: aquí el surgimiento del individuo es inseparable del primado de la introspección: yo soy distinto de los otros, único, irrepetible, pero tengo acceso inmediato —en la intuición y el sentimiento— a mi verdadera realidad; los otros no me conocen, pero yo sí: yo soy el único que me conoce en mi unicidad, pero, a pesar del dolor de la soledad en que se halla la conciencia individual, ésta puede tener la satisfacción de la certeza de su conocimiento de sí misma. «Siento mi corazón», dice Rousseau: sé lo que siento, conozco mis sentimientos y puedo estar seguro de ellos. Pero, ¿cómo comunicar lo absolutamente singular?, ¿cómo hacer llegar a los otros lo más íntimo para mí mismo? En Rousseau empieza a esbozarse la teoría romántica del genio singular aislado en medio de los hombres y sin poder llegar a ellos, pero él, como hombre del siglo XVIII que es, aún cree que es posible la comunicación y el entendimiento entre las conciencias. Starobinski ha subrayado la importancia de la noción de *transparencia* en el pensamiento de Rousseau y, particularmente, en su obra autobiográfica. Rousseau va a desnudar su alma ante el lector, va a dar a conocer su vida en todos sus detalles y esto hará posible que el fondo de su ser sea conocido por los demás: «Querría poder hacer que mi alma fuera en cierto modo transparente a los ojos del lector, y para eso trato de mostrársela desde todos los puntos de vista, haciéndola aparecer bajo las luces más diversas, y procediendo de tal manera que no se produzca en ella una sola modificación que él no perciba, a fin de que pueda juzgar por sí mismo cómo es el principio que produce tales modificaciones.» *(OE. C.*, t. I, p. 175.)

En esta postulación de la entera validez gnoseológica de la introspección y del autoconocimiento subyace un profundo orgullo y un sentimiento de suficiencia que bien poco tiene ya de cristiano. La conciencia que Rousseau tiene de sí mismo es idéntica a la visión que Dios tiene de Rousseau: «he revelado mi interioridad tal y como tú la has visto», dice en el preámbulo definitivo a *Las confesiones.* Rousseau es exactamente como cree ser. Y cuando en dicho preámbulo el autor interpela al propio Dios lo hace en términos de perfecta igualdad. La buena conciencia del alma bella ya no teme el juicio final, sino que apela a él en el convencimiento de que habrá de consagrar su propia gloria. Pero esta apelación resignada al juicio de Dios que restablecerá la inocencia de Rousseau frente a las acusaciones de que le han hecho objeto no adquirirá un papel preponderante hasta las *Ensoñaciones del paseante solitario.* En *Las confesiones,* Rousseau confía en que su escrito hará que triunfe la justicia en este mundo, esto es, que sea conocido el verdadero Rousseau, pero poco a poco irá perdiendo esta confianza. A partir del descubrimiento del *complot,* Rousseau irá convenciéndose plenamente de que sus enemigos son demasiado poderosos como para que él pueda hacer nada en su propia defensa y de que, además, han ganado a su causa a la totalidad del público de la época. Sólo le quedará la esperanza de que la posteridad rehabilite su memoria y de ahí que la preocupación por el destino de sus escritos después de su muerte vaya convirtiéndose en una de sus principales obsesiones: en qué manos dejar los manuscritos de sus obras autobiográficas a fin de estar seguro de que transmitirán a la posteridad ese depósito. Dos meses antes de morir confía una de las dos copias manuscritas de *Las confesiones* a su amigo el pastor Moultou, residente en Ginebra, mientras que el marqués de Girardin, cuyo palacio constituyó el último refugio del filósofo, conservó la otra hasta que la viuda de éste hizo entrega de la misma solemnemente a la Convención en 1794: la posteridad recibiría el legado de Rousseau.

SANTIAGO GONZALEZ NORIEGA

Ribadavia, 6, 10.º D
MADRID-29